



Baltazar, del libro *Los funerales de la Mamá Grande*.

Queda claro que el mundo es redondo como una naranja, que Gordillo confunde a Simbad con el Mohán, que en Macondo se vuela en estera; que Uldarrico Minotta R. (diseñador gráfico y estructural) hace, con el material suficiente para dos libros, uno. Que es necesaria, al leer, una regla para no perderse entre los apéñuscados y largos renglones.

¿Hasta qué punto está logrado, en esta edición, el propósito del libro de acercar a los niños a García Márquez? ¿De crear en el público infantil la inquietud de leer cosas escritas para adultos?

Es imposible para un niño, para cualquiera, concentrarse en el texto en medio de una cantidad de ilustraciones que no amenizan sino que perturban, porque atiborran las páginas.

El texto no sobresale en el libro. Está tras los dibujos, y cuando no, está tan atiborrada de letras la página, una tras de otra, casi sin espacios en blanco, que es imposible leer.

Le va mejor, a quien tenga en su casa otras ediciones de las obras escogidas por Cobo, repartirlas por páginas entre los niños y crearles la inquietud de dibujar los "cuentos" para que en una próxima edición los adultos que lanzaron ésta acaricien la posibilidad de un nuevo lenguaje editorial; más sencillo, más liviano, que no se desbarate en manos de un infante a la primera hojeada.

Cabe anotar en esta reseña que el libro *Los cuentos de mi abuelo el coronel* no salió nunca al mercado. Fue un regalo de Smurfit Cartón de Colombia en su cumpleaños número cuarenta.

NICOLÁS ESPINOSA

## Lindos libros lúdicos

*Cúcuru mácara*

*Adivíneme ésta*

Silvia Castrillón (comp.)

Editorial Norma, Bogotá, 1987 y 1988

Los libros de poesía folclórica compilada y seleccionada por Silvia Castrillón, *Cúcuru mácara* y *Adivíneme ésta*, ilustrados soberbiamente por los dibujantes Alekos (*Cúcuru mácara*) y Edgar Rodez (*Adivíneme ésta*), que nos presenta la Editorial Norma, vienen a colaborar de manera muy precisa y sugestiva con el propósito compartido por muchas personas e instituciones, que buscan rescatar al libro, y en general a la cultura oral y literaria, del último rincón a que han sido relegados con el advenimiento de la cultura de imágenes masivas. El lenguaje —la palabra, en fin—, admitiendo la diversidad casi infinita que la noción de lenguaje cobija, fue y es, al menos en el nivel del desarrollo primero de cada individuo particular, una señal de evolución, de apropiación de una tradición referencial, de humanización. Sin embargo, se da el caso, y tal es el nuestro, que, por una amplísima gama de razones, el lenguaje deja de ser un agente dinamizador y se transforma en un reducto de formulaciones osificadas y dificultosas. La razón primordial, extraída del abanico de explicaciones de toda índole que dan razón de éste fenómeno, parecería ser que la apropiación del lenguaje se ha divorciado del placer, ha dejado de ser apasionante, entretenida, lúdica. Nuestros niños tienen que acostum-

brarse demasiado rápido a un mundo poblado por cosas que no poseen más que un nombre, un sentido y una justificación. Nada más ajeno a la feliz diversidad de la niñez.

*Cúcuru mácara* es un compendio de poesía folclórica que incluye retahílas:

*En la ciudad de Pamplona  
hay una plaza;  
en la plaza...*

trabalenguas:

*Era una madre godable,  
pericotable y tantarantable....*

juegos, rondas y canciones:

*Mambrú se fue a la guerra,  
qué dolor, qué dolor, qué pena!*

y coplas y rimas:

*Un diablo se cayó a un pozo,  
otro diablo lo sacó...*

extraídos todos de nuestra tradición popular. Por su parte, en *Adivíneme ésta* contamos con ochenta y tres adivinanzas seleccionadas del millonario arsenal del ingenio colectivo. Contando con los dos libros, un educador, un padre de familia y, en fin, cualquier persona interesada o cualquier niño en edad escolar propicia puede hacer suya una parte representativa del hacer lingüístico de la comunidad. En las obras encontramos claramente enfatizados los elementos más simples del lenguaje y, por ende, de las relaciones humanas fundamentales. El ritmo, la musicalidad que se vierten en cada una de estas adivinanzas y retahílas, nos advierte cómo en la infancia y en el saber común el lenguaje no es en principio un medio de uso y funcionalidad, sino un fin en sí mismo, que a sí propio se basta y nos ofrece placer, entretenimiento y cordialidad. Se habla para referirse al mundo, para indicar una situación con claridad y precisión, pero en principio se habla para compartir, para experimentar una cercanía, una fraternidad, en fin, para sentirnos —con otros— hombres.

Son incontables las generaciones de colombianos que han aprendido a



hablar el castellano, a desarrollar su memoria, a intuir una lógica interna en las cosas, que hace amable al mundo exterior y confiables a los seres humanos, mediante las repeticiones monocordes y rítmicas de los juegos de lenguaje. Esta reiteración del palpito fundamental sobre el que reposa la vida misma es suficiente para garantizar un aprendizaje y una destreza que difícilmente se alcanza acudiendo al uso de metodologías más analíticas y mensurables pero mucho más frías. El niño entra, a través del gusto, a la apropiación del complejo infinito del lenguaje, y es bien sabido el poder decisorio de las primeras experiencias.

*Pin, pin, San Agustín,  
la meca, la seca, la tortoleca.  
El hijo del rey pasó por aquí...*

sin referir nada específico del mundo y sin pretender, por tanto, comprensión intelectual, prepara en una resonancia más íntima, acerca a la armonía y a la belleza, posibilita la futura complejidad de un hombre que, junto al utilitarismo y a la pragmática, cuente con la dimensión del gusto y del regocijo.

De los libros que nos ofrece la Editorial Norma, no se nos puede pasar por alto referir el alto valor gráfico con que cuentan. Recordemos el afán infantil por los libros con láminas, con dibujos que ayuden a descifrar el misterio que el pequeño lector va a enfrentar.

*Entre dibujo y palabra  
se teje una relación;  
sin quemarte las pestañas  
ensaya la solución.*

Los ilustradores cuentan con su destreza profesional y con una "juventud" suficiente para dar vida a los textos en que se ocupan. Este trabajo editorial nos presenta una pulcritud a la altura de sus propósitos y abre la trocha por la que ha de transitar forzosamente nuestra cultura si pretende emerger con bien del ofuscamiento en que se encuentra.

RAFAEL MAURICIO MÉNDEZ BERNAL

## Un escritor disgustado con la ley de la gravedad

**El león que escribía  
cartas de amor**

Triunfo Arciniegas  
Carlos Valencia Editores,  
Bogotá, 1989, 32 págs  
(Ilustraciones del autor).

**La media perdida**

Triunfo Arciniegas  
Carlos Valencia Editores,  
Bogotá, 1989, 19 págs  
(Ilustraciones de Eduardo Pradilla).

En el mes de marzo de 1989, al conocerse el fallo del concurso Enka de literatura infantil que declaraba como ganador a Triunfo Arciniegas por su novela *Las batallas de Rosalino*, uno de lo jurados, el padre Marino Troncoso, daba en el blanco del asunto cuando confirmaba la tesis general según la cual "existen dos tipos de literatura seudoinfantil: la que cree que los niños son idiotas y la que se disfraza de infantil pero es para adultos". En este mismo orden de ideas aparece la dicotomía entre un lector-adulto y el lector-niño, la lógica cuadrículada del adulto frente a la lógica libre, espontánea y crítica del niño.

Mirando el caso de la escritura en Triunfo Arciniegas, esta injerencia del lector en el proceso creativo es en buena parte atenuada o superada, cuando la distancia existente entre el escritor y el público "ideal", en este caso el infantil, se rompe en un trabajo de conjunto a manera de taller,



como lo hace aquí el creador. Triunfo ha sido profesor de una escuela durante diez años, y de un tiempo para acá ya no dicta las clases tradicionales, sino que se ha dedicado de lleno a efectuar talleres de lectura, escritura y teatro. Como afirma el autor: "su propósito esencial es hacer lectores, no matar lectores. Estos talleres me han permitido escribir para niños. Todos mis cuentos, todo lo que voy escribiendo, lo llevo al taller para la prueba de fuego y mis niños dicen la última palabra" (entrevista concedida a Juan Carlos Moyano para Gaceta, núm. 2, de Colcultura).

Ya en este momento los gustos y necesidades de este exigente público no se sitúan a la distancia, sino que es una creación compartida, aprobada o desaprobada por dichos críticos selectos, según el grado de seducción alcanzado. "Nunca preparo un taller, sale de cualquier objeto: una silla, un huevo, una caja de fósforos; fluyen espontáneamente, les leo, ellos dicen qué no va, qué sobra, dónde el artificio destruye la criatura poética".

En el año 1985 escribí una monografía acerca de un escritor hasta entonces desconocido: "Un brujo escapado de la noche" la titulé. Triunfo Arciniegas sólo tenía un libro publicado: *El cadáver del sol* (1982). El trabajo reunía estudios sobre varias colecciones de cuentos aún inéditos y de una primera obra para niños titulada *La lagartija y el sol*, también en proyecto de publicación por Carlos Valencia Editores. Los temas recurrentes de ese entonces eran bien distintos: el erotismo, la soledad atormentada, el resentimiento, lo macabro, las pesadillas; incluyendo su libro *En concierto* (1986), de breves relatos, continuaba siendo aquel asesinador de guitarras.

Todo lo que allí dije quedó revalidado, invertido en su nuevo trabajo reunido por Carlos Valencia Editores. El nuevo ciclo empezó con la publicación de *La silla que perdió una pata y otras historias* (1988), *El león que escribía cartas de amor* (1989), *La media perdida* (1989); estos dos últimos cuentos presentados bellamente en la colección OA infantil. *El león que escribía cartas de amor* es ilustrado excepcionalmente por el